

La entrada a casa

Aprende a Orar / Evangelio meditado Cuaresma

Por: H. Javier Castellanos LC | Fuente: www.missionkits.org

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Cristo, Rey nuestro. ¡Venga tu Reino!

Oración preparatoria (para ponerme en presencia de Dios)

Muéstrame, Padre, el camino hacia Ti. Dame fuerzas para ponerme en camino con el corazón y con las obras, «...dirige nuestra vida y condúcenos a la luz donde habitas» (Oración de la misa del día). María, llévame a Jesús, el rostro visible de la Misericordia. Amén.

Evangelio del día (para orientar tu meditación)

Del santo Evangelio según san Lucas 15, 1-3.11-32

En aquel tiempo, se acercaban a Jesús los publicanos y los pecadores para escucharlo. Por lo cual los fariseos y los escribas murmuraban entre sí: "Éste recibe a los pecadores y come con ellos".

Jesús les dijo entonces esta parábola: "Un hombre tenía dos hijos, y el menor de ellos le dijo a su padre: "Padre, dame la parte de la herencia que me toca". Y él les repartió los bienes.

No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, se fue a un país lejano y allá derrochó su fortuna, viviendo de una manera disoluta. Después de malgastarlo todo, sobrevino en aquella región una gran hambre y él empezó a padecer necesidad.

Entonces fue a pedirle trabajo a un habitante de aquel país, el cual lo mandó a sus campos a cuidar cerdos. Tenía ganas de hartarse con las bellotas que comían los cerdos, pero no lo dejaban que se las comiera.

Se puso entonces a reflexionar y se dijo: "¡Cuántos trabajadores en casa de mi padre tienen pan de sobra, y yo, aquí, me estoy muriendo de hambre! Me levantaré, volveré a mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo. Recíbeme como a uno de tus trabajadores.

Enseguida se puso en camino hacia la casa de su padre. Estaba todavía lejos, cuando su padre lo vio y se enterneció profundamente. Corrió hacia él, y echándole los brazos al cuello, lo cubrió de besos. El muchacho le dijo: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo".

Pero el padre les dijo a sus criados: "¡Pronto!, traigan la túnica más rica y vístansela; pónganle un anillo en el dedo y sandalias en los pies; traigan el becerro gordo y mátenlo. Comamos y hagamos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y lo hemos encontrado". Y empezó el banquete.

El hijo mayor estaba en el campo y al volver, cuando se acercó a la casa, oyó la música y los cantos. Entonces llamó a uno de los criados y le preguntó qué pasaba. Éste le contestó: "Tu hermano ha regresado y tu padre mandó matar el becerro gordo, por haberlo recobrado sano y salvo". El hermano mayor se enojó y no quería entrar.

Salió entonces el padre y le rogó que entrara; pero él replicó: "¡Hace tanto tiempo que te sirvo, sin desobedecer jamás una orden tuya, y tú no me has dado nunca ni un cabrito para comérmelo con mis amigos! Pero eso sí, viene ese hijo tuyo, que despilfarró tus bienes con malas mujeres, y tú mandas matar el becerro gordo".

padre repuso: "Hijo, tú siempre estás conmigo y todo lo mío es tuyo. Pero era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y lo hemos encontrado" “.

Palabra del Señor.

Medita lo que Dios te dice en el Evangelio.

La parábola del hijo pródigo es, ante todo, la historia de un Padre. Cada escena de este relato habla por sí sola, pero el momento del abrazo habla de modo muy especial al corazón. En esta oración acerquémonos a Dios y dejémonos abrazar por Él, que es un buen Padre...

Jesús no exigía a los pecadores unas condiciones para poder encontrarse con Él. Lo mismo el Padre en la parábola, no pone un letrero de «paso restringido», «casa reservada para los leales». Sólo con ser hijo ya se tienen las puertas abiertas y todos los derechos al corazón misericordioso de Dios.

Cuánta esperanza nos da, cada vez que nos alejamos de casa, recordar que las puertas siempre están abiertas. Sólo depende de nosotros tomar la decisión de volver: «Me pondré en camino adonde está mi Padre.» Ahí tenemos la puerta del confesionario, donde recuperamos el anillo de familia, la vestidura de la gracia, las sandalias para volver a caminar. ¡Y cuántas veces en nuestra vida hemos sido recibidos ya en esta puerta! Porque Cristo no se cansa nunca de perdonarnos, y nos levanta sin contar el número de caídas. ¿Cómo no agradecer una misericordia tan grande?

Quizá ya hemos aprovechado la oportunidad esta cuaresma para una buena confesión, o bien pensamos hacerlo pronto. Sea como sea, pidamos en esta oración el don de una confianza cada vez más grande en la misericordia de Dios. Pidamos a María, Madre de Misericordia, que nos guíe de vuelta a casa si nos alejamos, y que nos enseñe a vivir cada vez más unidos a su Hijo Jesucristo.

El relato nos hace ver algunas características de este padre: es un hombre siempre preparado para perdonar y que espera contra toda esperanza. Sorprende sobre todo su tolerancia ante la decisión del hijo más joven de irse de casa: podría haberse opuesto, sabiendo que todavía es inmaduro, un muchacho joven, o buscar algún abogado para no darle la herencia ya que todavía estaba vivo. Sin embargo le permite marchar, aún previendo los posibles riesgos. Así actúa Dios con nosotros: nos deja libres, también para equivocarnos, porque al crearnos nos ha hecho el gran regalo de la libertad. Nos toca a nosotros hacer un buen uso. ¡Este regalo de la libertad que nos da Dios, me sorprende siempre!

(Homilía de S.S. Francisco, 6 de marzo de 2016).

Diálogo con Cristo

Ésta es la parte más importante de tu oración, disponte a platicar con mucho amor con Aquel que te ama.

Propósito

Proponte uno personal. El que más amor implique en respuesta al Amado... o, si crees que es lo que Dios te pide, vive lo que se te sugiere a continuación.

Buscaré hoy cultivar la alegría y el optimismo de saberme perdonado por Dios.

Despedida

Te damos gracias, Señor, por todos tus beneficios, a Ti que vives y reinas por los siglos de los siglos.
Amén.

¡Cristo, Rey nuestro!
¡Venga tu Reino!

Virgen prudentísima, María, Madre de la Iglesia.
Ruega por nosotros.

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.
Amén.